Diez preguntas a diez autores

Antonio Palacios Rojo

Rescato de mi libro *Yo sombra* estas diez preguntas a diez autores. Estas conversaciones de una sola cuestión salpicaban el novelado texto relleno de fragmentos superfluos. Una entrevista a una sola persona siempre me aburre por la monotonía de los pareceres. Mejor obtener una respuesta de alguien diferente cada vez. Los respondedores son Ramón Andrés, Juan Carlos Abril, José Carlos Cataño, Luis Bagué Quílez, Jacobo Cortines, Antonio Molina Flores, Álvaro Colomer, Fernando Iwasaki, Ana María Shua y yo mismo.

¿Debería acusarse de plagio al traductor de una obra?

Ramón Andrés: Que la traducción fuera considerada un plagio sería, a mi entender, una buena noticia. Indicaría, entre otras cosas, la fidelidad al original. Cuando uno abre un libro traducido de una lengua minoritaria, apenas conocida entre los lectores de aquí, siempre siente recelo o, digámoslo más claramente, desconfianza. Y eso ocurre porque a menudo, en un traductor que no es de fuste, existe la tentación de recrear o de darle un tono personal al texto en cuestión. En España hay casos flagrantes de lo que acabo de mencionar, y más teniendo en cuenta que atañen a obras universales como, por ejemplo, la Divina Comedia. Si me fuera posible, pediría a los traductores que se convirtieran en plagiadores profesionales, en cuidadosos copistas, en escribanos pudorosos, y que solamente ante lo intraducible echaran mano del buen sentido. Qué lujo sería el nuestro tener una buena Eneida bien plagiada o un Chaucer bien calcado. ¡Que alguien plagie a Hofmannstal! Seré todo gratitud.

¿Deberíamos olvidar las obras maestras del pasado para así reconocer las genialidades modernas que se nos pasan desapercibidas por ser demasiado originales al no mirar atrás?

Juan Carlos Abril: Obviamente no, no podemos ni debemos olvidar las obras maestras del pasado. No somos nada sin el pasado. No existiríamos tal como somos sin el pasado. La tradición es fundamental para el presente. Nos nutrimos de ella. La originalidad, por otra parte, es un mito, no existe. Toda la teoría del genio kantiano heredera de la tradición trascendental de un modo u otro ha sido superada. O no es operativa en las condiciones actuales. El sujeto cotidiano y dialógico ha roto con todo eso. También, en ese sentido, la poesía se aparta de la lógica de la poeticidad. La poesía se inserta en el día a día para adentrarse en esos territorios de lo desconocido, y en ese momento actúa el poeta, que explica con otras palabras, con las palabras propias que dispone a través de su inteligencia emocional y lingüística, su competencia poética, aquello que no se puede traducir o decir de la escurridiza realidad. Pero es una labor de trabajo y esfuerzo, no de inspiración o personajes tocados por

dones sobrenaturales. Ahí se pone en juego el estudio de la tradición, el conocimiento.

¿Se puede dar el caso de una obra maestra secreta, de bellezas tan ocultas que mucho más tarde o nunca se revelará como tal?

José Carlos Cataño: La llama viva de una guerra, o la llama en blanco de la destrucción, o el cambio de la palabra por un signo apacible, como la vida corriente, siempre me han hecho suponer que es posible, aunque lo ignoremos.

¿Guardan las palabras del diccionario significados ocultos que aún no conocemos?

Luis Bagué Quílez: Todas las palabras tienen árbol genealógico, pero pocas recuerdan de dónde vienen. Algunas se escriben igual, se pronuncian de forma parecida o descubren que son hermanas gemelas separadas al nacer. Otras, como los superhéroes, despliegan asombrosas identidades secretas los agentes lexicográficos las llaman “acepciones”. Incluso se rumorea que hay vocablos que no existían hasta que se los sacaron de la manga escritores latinoamericanos, hermeneutas rusos o gurús de la autoayuda. Hasta aquí llega la evidencia. En lo demás me declaro verboescéptico. Las palabras dicen lo que dicen, aunque a menudo no nos guste lo que dicen o no sepamos si dicen la verdad. Por eso, a pesar de que los poetas tienden a la exageración y al ocultismo, me adhiero al veredicto inapelable de Ángel González: “Poesía eres tú, / dijo un poeta / –y esa vez era cierto–/ mirando al Diccionario de la Lengua”. Creo que es una manera de responder que no.

¿Se puede apreciar la belleza de una obra escrita en un idioma que no conocemos, sólo con contemplar la disposición de los párrafos y ver cómo se escriben las palabras?

Jacobo Cortines: Podría apreciarse una belleza muy superficial reducida al ámbito de lo formal. Nos pueden gustar los caracteres árabes, sin conocer la lengua, como los cirílicos del ruso, pero no vamos más allá. La escritura tiene un mensaje, que puede ser enormemente bello, pero si no conocemos los signos, las palabras y su significado, nos quedamos en la corteza sin penetrar en la médula. La respuesta es un no con toda rotundidad.

¿Se deben proteger los momentos de una vida con tanto celo como se protegen las obras de arte?

Antonio Molina Flores: La idea de proteger las obras de arte, es decir, estudiarlas, clasificarlas, restaurarlas y custodiarlas es relativamente reciente. Y esto se hace desde su consideración de bien público, por lo que se factura con cargo al presupuesto público y por parte de las instituciones públicas. Por eso no nos llegaron de la antigüedad sino estatuas sin cabeza ni brazos, frescos desportillados y edificios en ruinas. A veces, azarosamente, por pertenecer a un ajuar funerario o haber permanecido ocultas nos han llegado obras perfectas. Pero que posiblemente no fueron concebidas como obras “artísticas” sino como objetos religiosos, funerarios o amuletos de poder. La

idea de proteger lo que en la pregunta se enuncia como “momentos de una vida” es más problemática. En primer lugar esos momentos carecen de la materialidad que facilita su custodia, protección, etc. Otra cosas es considerar que tenemos derecho al relato de nuestra propia vida, a que no sean difundidos sin nuestro consentimiento acontecimientos o hechos, imágenes, textos que consideremos vejatorios o falsos. Y este derecho limita con otros como la libertad de expresión de quienes deseen difundir determinados contenidos. Por otra parte está la idea generalizada de que quienes se dedican a tareas o profesiones de carácter público, o son “famosas” han perdido ese derecho a la intimidad por hacer públicos, interesadamente, una parte de los hechos de su vida. ¿Cómo proteger entonces otros y con qué argumentos? La idea se complica aún más si tenemos en cuenta el carácter universal de los contenidos que se vierten en las redes sociales, porque se puede dar el caso de que derechos que estén protegidos en unos países no lo estén en otros, pero resulta en la práctica imposible impedir los flujos de información. Esto nos da idea de la dificultad de proteger bienes tan inmateriales como el “derecho al honor” o a la “propia imagen”. Lo que sí está claro es que si alguien quiere proteger algo de su vida, un momento, un recuerdo, una imagen y su contexto, etc, debería estar blindado de las difusiones realizadas por terceras personas, casi siempre amparadas en el anonimato, fieras que como lobos en la noche acechan creyendo no ser vistas asestando golpes impunes, haciendo el mal y sembrando el caos. Esa impunidad no acabaría con la pérdida del anonimato, porque una cosa solo es punible cuando lo determina un juez o jueza que aplica leyes, pero esclarecería los hechos y dejaría al descubierto las intenciones. La solución, por tanto, pasa por considerar nuestra vida como una “obra de arte” y, como tal, con todos los derechos modernos asociados. ¿El precio? Difuminar las fronteras entre lo público y lo privado, dado que no hay acción en la polis que no sea política.

¿Han renunciado la mayoría de creadores a mostrarnos la realidad y se conforman con que solo sepamos cómo son ellos?

Álvaro Colomer: Es cierto que, en la literatura española contemporánea, hay una auténtica obsesión por la primera persona. La literatura autorreferencial se ha expandido como una plaga, lo cual no es ni bueno ni malo. Simplemente es así. Como en todos los géneros, hay buenos y malos representantes y, también como en todos los géneros, los malos superan a los buenos. Con todo, no considero que debamos oponer literatura realista a literatura autorreferencial. A fin de cuentas, los autores que hablan sobre ellos mismos también están hablando de la realidad, aun cuando sólo les ataña a ellos. Personalmente no tengo demasiado interés en este tipo de literatura salvo excepciones como Enrique Vila-Matas, por citar un español, pero me alegra compartir época con sus representantes. A fin de cuentas, tiene que haber de todo en la viña del Señor. Por la parte del realismo, creo que es un género que no corre ningún peligro. Es tan fuerte que, por muchas corrientes que aparezcan, siempre se acaba volviendo a él. Si uno se fija en la Historia de la Literatura Española, comprobará que, desde antes de la Guerra Civil, incluso desde antes de la Guerra de Marruecos, ha habido un eterno retorno dos géneros: literatura experimental y literatura realista. Tras un periodo experimental, siempre viene uno realista, y así sucesivamente. La única diferencia es que, si el experimental ha ido cambiando de ‘experimentos’ a lo largo de las décadas, el realismo se ha mantenido bastante inmutable. En ese

sentido, creo que la literatura autorreferencial forma parte del género ‘experimental’ y que, como tal, será superada en algún momento.

¿Se deberían escribir libros con miles de versiones diferentes para acomodarlos a cada sector de la población?

Fernando Iwasaki: En sus cartas, John Byron descubrió divertido que en los teatros sevillanos del siglo XIX las compañías tenían que cambiar los finales para que el público disfrutara más y no hubiera malos rollos. Así, en Sevilla Romeo y Julieta se casaban y vivían felices, en lugar de suicidarse y aguarle la fiesta al personal. No obstante, en la misma Sevilla el arte barroco siempre consintió que cada uno disfrutara de la pintura o la música según sus conocimientos y entendederas. Así, ante un lienzo de Valdés Leal, tanto el ignaro como el erudito eran capaces de colmar sus respectivas expectativas sin necesidad de traicionar la obra original. Por lo tanto, dejemos los libros tal como están, que en el mejor de los casos terminan convertidos en películas, series o pienso audiovisual aptos para todos los públicos. ¿Ganaría una película porno si la volvieran a rodar en versión de arte y ensayo? ¿Un «Gran Hermano» de poetas sería menos cutre que el original? Sospecho que la pregunta real y políticamente incorrecta indagaba sobre la posibilidad de bajar el nivel de las obras para que las entienda todo el mundo, pero eso ya existe en la política y sobre todo en la educación, así que –como decía Juan Ramón– «¡No le toques ya más, que así es la rosa!».

¿Es el enamoramiento una clase de posesión especial, en la que estás poseído por una persona viva, en vez de por una persona muerta?

Ana María Shua: No, el enamoramiento no es culpa de la persona amada, es una forma de daño cerebral por suerte pasajero que nos causamos a nosotros mismos. El alma de un muerto, en cambio, puede introducirse en el cuerpo de alguien a quien amó y ahí se pone complicada la cosa. Es el tema de una famosa obra de teatro de Ansky llamada El dibbuk.

¿Cada hombre equivale a una pregunta sin respuesta?

Antonio Palacios Rojo: La respuesta está en la pregunta. Una duda crea el concepto que cree atacar. La primera vez que alguien se preguntó si los dioses existen, dio eternidad a las divinidades.